

Veidlinger, J. *En el corazón de la Europa civilizada*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2022, 482 páginas. ISBN: 9788419075673.

Luis Aragón González
Doctor en Filosofía ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/rced.90542>

La tesis que organiza *En el corazón de la Europa civilizada* es que con anterioridad al proceso sistemático de exterminio del pueblo judío por parte de Hitler tuvo lugar en Ucrania entre 1918 y 1921 un cuadro de persecuciones y matanzas de la comunidad judía que podemos catalogar antecedente inmediato del Holocausto. La originalidad del estudio de Veidlinger, que hace que su libro ocupe un lugar indispensable en las estanterías de la biblioteca de la *Shoah*, consiste en trazar una secuencia temporal entre los pogromos desarrollados en el Este de Europa, finalizada la Gran Guerra, con un cálculo estimado de 100.000 muertos, y la catástrofe que asoló al mundo judío en la Segunda Guerra Mundial con 6 millones de víctimas. Este profesor de Historia en la Universidad de Michigan se hace eco de la noticia aparecida el 8 de septiembre en 1919 en el *New York Times* de una convención en Manhattan en la que ya se alertaba de que la vida de 6 millones de judíos corría peligro en Ucrania y Polonia si no se intervenía de urgencia.

Si se quiere entender un fenómeno tan complejo como es la liquidación del pueblo judío es aconsejable abrazar planteamientos multicausales y descartar lecturas simplistas. Las explicaciones que ofrecen los estudiosos de esta cuestión destacan la presencia de un antisemitismo anclado en el cuerpo teológico del cristianismo; la repercusión que tuvo la crisis económica en Alemania y el señalamiento de la inmigración judía como chivo expiatorio; la impronta que dejaron las teorías racistas del siglo XIX o la fragilidad de los sistemas democráticos que no disponían de mecanismos capaces de neutralizar comportamientos autócratas. A este conjunto de razones, cabe sumar la hipótesis de trabajo de Veidlinger quien relaciona el proyecto genocida nazi con la destrucción operada en los mismos territorios dos decenios antes. En otros términos, las gentes de Ucrania que se implicaron en la Segunda Guerra Mundial de un modo activo en la aniquilación de los judíos reprodujeron un gesto que la generación anterior había perpetrado. La deshumanización del judío, su exclusión de la humanidad, el desprecio inmisericorde de que fue objeto, la negación de su dignidad, habían calado en la sociedad ucraniana de ahí que el tránsito de los pogromos al exterminio burocrático orquestado desde el Estado nacionalsocialista dependía solo de que las circunstancias fueran propicias, algo que sucedió cuando Hitler invadió la Unión Soviética. El genocidio de los judíos pudo llevarse a cabo porque la población local estaba preparada psicológicamente para ello. El camino quedaba expedito para resolver la *solución final*. Los nazis, en el fondo, explotaron la identificación entre judío y bolchevismo que se había infiltrado en la cultura popular ucraniana y polaca.

El propósito de Veidlinger es historiar la cacería que padecieron los judíos en Ucrania y Polonia al término de la Primera Guerra Mundial. El vocablo que resume esta iniquidad es *pogromo*. Esta palabra procede del ruso *gromit* y significa “destruir”. Es una voz que se comienza a emplear en la década de 1880 para nombrar los ataques violentos de las poblaciones locales contra los judíos.

Los frenéticos cambios que acaecieron en la tormentosa historia de la Ucrania moderna, comentados en la primera parte del volumen, le sirven a Veidlinger de marco general de su obra. Su punto de partida es el periodo en que Ucrania pertenece al imperio ruso a finales del siglo XIX. Tras la desintegración de la autocracia zarista, surgen los anhelos políticos de independencia de la Rada Central expresados en la Cuarta Proclama Universal el 22 de enero de 1918 y la defensa de la creación de una República Popular Ucraniana soberana y libre. Esencial es también la disputa bélica con los bolcheviques tras la paz de Brest-Litovsk y con el Ejército Voluntario de los Rusos Blancos, además de con Polonia al rivalizar por la delimitación de las fronteras. La conclusión de este esquemático resumen es que al margen de cuál sea el periodo político concreto a que nos refiramos –zarismo, Rada Central, Directorio o invasión bolchevique– encontramos como elemento invariable el sufrimiento del pueblo judío. Esta minoría religiosa, que en muchos núcleos urbanos y

rurales constituía la mitad de la población, si no más, se convirtió en cabeza de turco de las penurias de una población y de unos cabecillas sumidos en desesperanza y en la miseria material. El antisemitismo siempre hallaba una justificación para imponerse. La judeofobia había echado raíces en las poblaciones locales antes de que los nazis la asumieran como motor de su ideología criminal. Se atribuía a los judíos lo mismo el asesinato del zar que colaborar con los bolcheviques ahogando las ansias soberanistas de Ucrania; se les culpaba tanto de alinearse con Polonia en contra de los intereses de Ucrania como de ser refractarios al evangelio comunista en su condición de adinerados burgueses. La realidad incontrovertible es que los judíos conformaban un grupo religioso desprotegido políticamente, sometidos al albur de los acontecimientos además de odiados por una importante parte de la ciudadanía.

Cuando estallaba un brote de violencia y se producía un baño de sangre, a veces en pocas horas, la aterrorizada población judía trataba de esconderse huyendo de sus asesinos. En esta situación de absoluta orfandad, entregados a las pulsiones criminales de sus homicidas, los menos encontraron el apoyo desinteresado de sus vecinos cristianos. Fueron escasas las muestras de solidaridad hacia las víctimas y contadas las excepciones de una población indiferente al amargo destino de sus conciudadanos. Amplias capas de la sociedad habían interiorizado los postulados de un antisemitismo visceral. En el curso de los pogromos los judíos sufrían humillaciones públicas, el saqueo de sus casas y el destrozo de sus negocios, palizas, asesinatos, amputaciones de miembros, torturas, ataques sexuales o el incendio de sus propiedades. El libro de Veidlinger conmueve al lector. Por rescatar alguna de las numerosas escenas espeluznantes podemos mencionar los asesinatos en masa de judíos a los que se había obligado previamente a cavar su propia tumba, la violación de niñas en presencia de sus padres, el encierro de un grupo de judíos en la sinagoga para acto seguido prenderla fuego, la decapitación ante la mirada aterrorizada de sus familiares, los ruegos desoídos de clemencia de un padre o un hijo ante su ejecución inminente o la muerte de un bebé acusado de bolchevismo atravesado por la bayoneta de un soldado después de ser lanzado al aire. La deshumanización de las víctimas no se entiende sin la de sus victimarios quienes desterraron de su conciencia los valores de piedad, solidaridad y empatía hacia el otro. A partir del momento en que el judío había sido expulsado del género humano, su vida se volvía innecesaria y, en consecuencia, suprimible.

La segunda parte del libro se centra en el análisis pormenorizado de cuatro pogromos basándose en informes elaborados por las comisiones de investigación a partir de incontables pruebas y testimonios. Se desarrollaron entre diciembre de 1918 y marzo de 1919. El primero de ellos tuvo lugar en Óvruch a lo largo de varias semanas, perpetrado por Kozyr-Zirka, un sádico borracho cuyo leitmotiv era liquidar a todos los judíos de la ciudad por su colaboración con el terror bolchevique; el de Zhytómryr, que duró tres días y fue dirigido por Palienko, presenta la singularidad de que participaron campesinos que encontraron en el desmantelamiento de las estructuras estatales la oportunidad ideal para expoliar los bienes de sus vecinos judíos; el de Proskuriv, con Semosenko a la cabeza, que se desarrolló en cuatro horas y que de todos los reseñados presenta una inequívoca voluntad genocida. Fue el más letal y se calcula que fueron asesinados al menos 1000 judíos. El último pogromo que investiga Veidlinger se circunscribe otra vez en Zhytómryr bajo el liderazgo de Vozny. Cuando los bolcheviques abandonaron la ciudad, las autoridades ucranianas imputaron a los judíos simpatías con los comunistas. Con este pretexto, unido a la experiencia acumulada de ataques similares en el pasado, las tropas militares llevaron a cabo actos de barbarie contra la comunidad judía.

En el periodo que analiza Veidlinger, de 1918 a 1921, Ucrania experimentó un vacío de poder idóneo para que el pueblo y los mandos militares volcaran su frustración sobre un sector de la población, los judíos, al que responsabilizaban de su penosa situación. Esta ausencia de una autoridad política que ejerciera el monopolio de la violencia lo aprovecharon grupos de insurgentes para imponer su ley en los territorios, como es el caso de los señores de la guerra en 1919. Es a la actuación de estos bandidos que Veidlinger dedica la tercera sección de su libro. Estas bandas armadas de forajidos, pequeños ejércitos que llegaron a reunir 10.000 miembros, recorrían las aldeas sembrando el terror y masacrando a la población judía. Las más nutridas fueron las de Grigoriev, los hermanos Sokolovski, Ilya Struk o Zelenyi. En un contexto de desgobierno y caos generalizados, florecieron grupúsculos liderados por individuos carismáticos que enarbolaron la bandera del antisemitismo y que hicieron del exterminio de los judíos su delirante misión. Se calcula que los hombres de Struk segaron la vida a mil judíos.

La cuarta parte del volumen se centra en el triunfo del bolchevismo sobre el Ejército de Voluntarios integrado en el Ejército Blanco. Este luchaba contra las tropas soviéticas y se nutría de exmilitares zaristas, nostálgicos de que renaciera el otrora sagrado imperio ruso. Las expectativas depositadas por los judíos en Anton Denikin, máxima autoridad del Ejército de Voluntarios, confiados en que pronto se restablecería el orden en las ciudades y podrían abrir de nuevo sus pequeños negocios, hartos de las confiscaciones de bienes por los soviéticos, no tardaron en verse defraudadas. Los pogromos en Fastiv y Kiev entre julio y septiembre de 1919, protagonizados por los Voluntarios del Ejército Blanco, resultaron de una violencia extrema. Están documentados 5235 asesinatos, una cifra juzgada aproximada. Sin salirse del guion de otros pogromos, la motivación ideológica era la equiparación entre bolchevique y judío de manera que terminar con uno implicaba exterminar al otro. Los herederos del añorado régimen zarista imaginaron una conspiración de los judíos para hacerse con el dominio del mundo a través del ideario comunista.

Sobrecoje el pogromo de Tetiv en marzo de 1920. Se extendió a lo largo de 10 días y se mataron 3000 judíos. Los bolcheviques habían huido de la ciudad por el empuje del Ejército de Voluntarios. Finalmente, los campesinos se alzaron en armas y se hicieron con el poder. Decidieron encerrar a los judíos en la sinagoga de la localidad y prenderla fuego. Aquellos que saltaban del edificio para salvarse de las llamas eran tiroteados desde el exterior y los que no eran alcanzados por las balas, se les perseguía con cuchillos y horcas hasta darles muerte. Así fueron sacrificadas más de 1000 personas. Conocemos sus nombres: Moyshe

Peker, un respetable anciano; Nokhem Bikov, pescadero local, o Moyshe Lev que recibió el disparo de un campesino a quien había contratado en alguna ocasión.

El ejército polaco y bielorruso no fueron menos sanguinarios que el ucraniano. En los territorios que conquistaban llevaron a cabo asesinatos, violaciones y saqueos de las propiedades de los judíos. Entre octubre y noviembre de 1920 se imputó a las unidades de Bielorrusia comandadas por Bulak-Balachowicz la muerte de 435 judíos en distintos pogromos.

La quinta y última parte del libro se fija en los movimientos de población que siguieron a los pogromos y cómo estos desplazamientos masivos de judíos influyeron en el auge de las políticas de extrema derecha en Europa. Polonia, Ucrania, Rumanía, Checoslovaquia, Hungría, Alemania, Palestina o Estados Unidos, destino de miles de judíos, reactivaron los viejos eslóganes que prevenían de la alianza judeobolchevique por suponer una amenaza para la paz interna de sus países.

La invasión de la Unión Soviética en junio de 1941 le brindó a Hitler la oportunidad de cumplir su sueño de erradicar al pueblo judío. Para culminar este macabro plan, los nazis se aprovecharon del antisemitismo que impregnaba la sociedad ucraniana. Los pogromos que se produjeron a partir de entonces en los territorios sometidos fueron obra de la policía auxiliar de Ucrania, de civiles anónimos y de los escuadrones de la muerte o Einsatzkommandos dependientes de la Oficina Central de Seguridad del Reich, dirigida por Reinhard Heydrich. En diciembre de 1941 quinientos mil judíos habían sido asesinados en Ucrania. Los pogromos, que pronto darían paso a un genocidio al introducirse métodos de exterminio industriales como el gaseamiento, salpicaban la geografía ucraniana. De todos ellos, destaca sobremanera la matanza de Babi Yar, un barranco situado a las afueras de Kiev, con la ejecución de 33771 judíos en treinta y seis horas.

Este descenso a los infiernos que es *En el corazón de la Europa civilizada* es un aldabonazo que debe hacernos reflexionar hasta dónde es capaz de llegar el ser humano cuando interioriza discursos que demonizan a un colectivo minoritario al que se culpa de todos los males. Hay que tener muy presente que la propagación de mensajes de odio destinados a criminalizar a un grupo social genera efectos letales para la convivencia. El magnífico ensayo de Veidlinger es un ejemplo de ello. En otro orden de cosas, este minucioso estudio deja las cosas clara acerca de la decisiva participación de la población autóctona no judía en el hostigamiento de sus vecinos en los pogromos de 1918 a 1921, preludio del Holocausto.